



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Viernes 26 de diciembre de 1980

Fiesta de San Esteban

Hermanos e hijos queridísimos:

1. Tengo la satisfacción, también hoy, de dirigirme a vosotros, reunidos aquí para la oración del "Ángelus", en el clima tan típico e íntimo de la santa Navidad. Efectivamente, hoy la Navidad continúa su saludable y tonificante atmósfera, y en ella respiran nuestras almas todavía con el sentimiento de duradera maravilla y estupor ante el gran acontecimiento que se ha realizado y que, inagotable en su eficacia, se proyecta en, todo el curso del tiempo. Me refiero al acontecimiento o, más exactamente, al misterio del *Hijo de Dios* que nace en Belén como *Hijo del hombre*, para hacerse nuestro hermano y salvador.

Este misterio es tan augusto e insondable, que nunca lo meditaremos bastante. Por esto, la Iglesia, en su sabiduría litúrgica y catequética, nos lo propone cada año, para una conmemoración que se prolonga durante no pocos días y se articula en un ciclo especial que llamamos "ciclo litúrgico de Navidad".

2. Y quiero venerar con vosotros a San Esteban, primer mártir cristiano, tal como lo hace la Iglesia el día después de la solemnidad de Navidad.

"Ayer celebramos el nacimiento temporal de nuestro Rey eterno; hoy celebramos el triunfal martirio de su soldado. Ayer, nuestro Rey, revestido con el manto de la carne, saliendo del seno virginal, se ha dignado visitar el mundo; hoy el soldado, saliendo del tabernáculo de su cuerpo, triunfador, ha emigrado al cielo". Estas son las sugestivas expresiones de un santo de la Iglesia antigua, San Fulgencio (*Sermo* 3, 1), y ellas conservan intacto su significado porque aclaran una

relación no sólo de continuidad litúrgica entre la fiesta de Navidad y la del Protomártir, sino también, sobre todo, de *intrínseca conexión en el orden de la santidad y de la gracia*. Cristo, Rey de la historia y Redentor del hombre, se sitúa en el centro de *ese itinerario hacia la perfección*, a la que llama al hombre, a todo hombre.

Mientras veneramos a San Esteban y su invicto ejemplo de testigo de Cristo. como él se demostró con su palabra valiente, con la diligencia en el servicio a los pobres, con su constancia durante el proceso y, sobre todo, con su muerte heroica, vemos que su figura se ilumina y se agiganta a la luz de su Señor y Maestro; al que quiere seguir en el sacrificio supremo. Sólo el Señor Jesús da la ayuda y el consuelo necesarios a las almas para ser fieles hasta la muerte.

De esto se deriva una preciosa lección para nosotros: al mirar a San Esteban en la perspectiva de la Navidad, debemos *recoger su ejemplo y su enseñanza*, que claramente nos llevan a Cristo, el cual, nacido en la gruta de Belén, se encamina ya –en la intención de la finalidad de su obra redentora– hacia el monte Calvario. Hechos por Él hijos de Dios, llamados a vivir como hijos de Dios, también nosotros seremos coronados como Esteban allá arriba, en la patria, si somos fieles.